

## Prólogo

Fui afortunado de crecer rodeado de un grupo fenomenal de docentes. El grupo de amigos cercanos de universidad de mi madre estaba compuesto por cinco mujeres que eran grandes personas y maestras ejemplares. Una de ellas, Esther Abramson, estuvo divorciada la mayor parte de su vida laboral y se dedicó a su vocación como docente de matemáticas de *Stuyvesant High School*, una escuela en Nueva York centrada en ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas. Aunque yo la conocía como una “tía” amorosa, excentrica y carismática, llegué a aprender de su pasión y excelencia como educadora. Recuerdo a mi padre bromeando cariñosamente con ella por continuar enseñando mucho después de haber comenzado a recibir una pensión –señalando que estaba ganando menos como docente de lo que su pensión le pagaría. Después, fue diagnosticada con cáncer y fui a visitarla en su apartamento. Noté una placa del *MIT* (*Massachusetts Institute of Technology*). Aparentemente, el MIT encuestó a sus estudiantes sobre sus profesores favoritos y el nombre de Esther fue el que apareció más frecuentemente. Por este motivo nombraron una beca en su honor. Después encontré un certificado enmarcado de *Cornell University*. Parece que algo similar había ocurrido allí. Tenía dos archivadores gran-

des llenos de correspondencia de sus antiguos estudiantes. Cuando Esther sucumbió al cáncer, no pude llegar a Nueva York a tiempo para el funeral, pero lo pude ver en vivo por internet. Vi una serie de adultos que habían sido sus estudiantes hace años, incluso décadas atrás, que llegaron para dar testimonio de cómo ella había influido en sus vidas. Esther hizo más que enseñar matemáticas. En palabras de la autora canadiense y educadora Avis Glaze, ella cambió vidas... para bien. Lo hizo al preocuparse por el carácter de sus estudiantes –por el tipo de personas en el que se convertirían– y lo hizo priorizando sus trayectorias de vida, construyendo y manteniendo relaciones con ellos, e invirtiendo en un enfoque centrado en un desarrollo que los apoyaba y retaba en el largo plazo. Hizo todo esto al servicio del florecimiento de la bondad humana que está latente en cada estudiante. Dedico este libro a Esther y a todos los demás educadores maravillosos de quienes he aprendido la mayor parte de lo que hay en las páginas que siguen.